

"Nada es más penoso para un desgraciado que ver a toda la gente considerarse como bienhechores".
(Dostoievski).

SI TUVIERA que rastrear el pensamiento camusiano hasta su origen, habría que ir a buscarlo en el "padre-cito" Dostoievski, particularmente en obras como "Los Demonios" (Camus la consideraba ya no la más grande novela que se hubiera escrito, sino la obra cumbre del genio humano) y las inquietantes "Notas del Subterráneo", que le sirven de pórtico. El "endemoniado" Kirilov prelude no sólo la metafísica del absurdo, sino también el sesgo especial de la rebeldía camusiana. Su ateísmo no se asemeja en nada a la común indiferencia religiosa; incluso, está muchísimo más cerca de la "gracia" que esa fe —por la force de l'habitude— de quienes hacen de Dios una buena inversión o, en el mejor de los casos, un sistema proteccionista ad hoc. (Es de notar que hasta escritores católicos como Bernanos fustigan a esa clase de "tibios").

"Por encima de todo, reconozco mi afinidad con el hombre común", afirma Camus; declaración de principios que pareciera impugnar el nihilismo del subsuelo, de cuya moral es, sin duda, Kirilov su representante más evolucionado. Divergencia aparente, necesaria, sin embargo, para aquilatar la trayectoria de una obra pléyica de preocupación por el destino del hombre. El "mundo particular" (Chestov) del hombre subterráneo es compatible, en su punto de partida, con el "extranjero" del Meursegault camusiano. Más adelante, se verá que para Camus el

SINTESIS DEL PENSAMIENTO DE ALBERT CAMUS

Por CLAUDIO GIACONI

sar sin obrar engendra pestilencia"). Pienso, luego actúo, y adiós pestilencia... parece muy fácil si no fuera que una raicilla perturbadora —la duda— se entremete a cada paso en el recinto mismo del pensar. Pensamiento y acción devienen así antónimos inconciliables. El cartesianismo —"pienso, luego existo"— surge una vez resuelta la cuestión primera: la duda. El pensamiento, de faltarle ése su estímulo nutricional, desfallece antes de nacer.

—oOo—

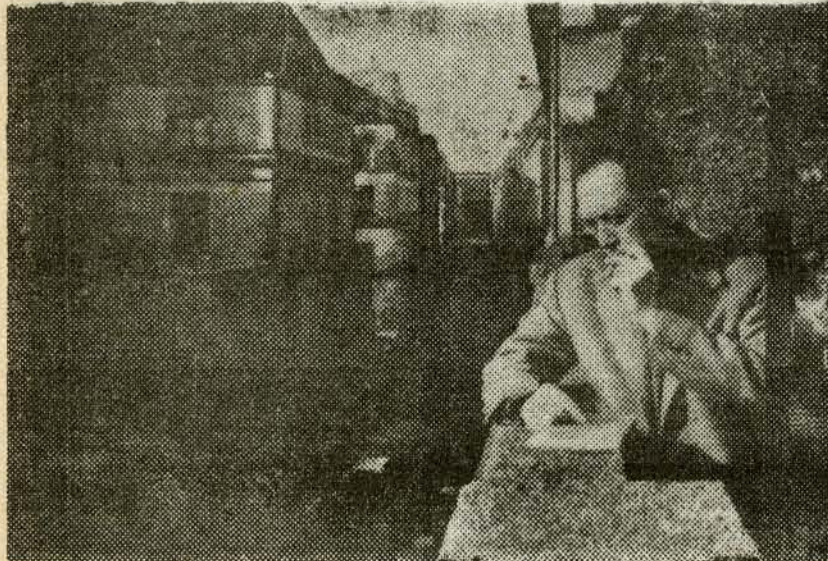
SI BIEN la duda es la causa primera del pensar, no es menos cierto que el pensamiento, aunque consolidado, engendra nuevas dudas en el camino. Para obrar es menester no sufrir las coacciones de la duda. El hombre activo ve el objeto y se mueve en dirección a él, sin titubear. Su actividad es el fruto de un pensar precedente, es decir, su acto es ya el pensamiento tangible. Aún aquí, la lógica puede prestar servicios; un poco más allá, en el recodo, impera el absurdo, y la lógica ya no servirá de nada. Es el reino de Sísifo, condenado a subir la piedra y a rodar junto con ella, para re-

cluye, por vez primera, el concepto de convivencia. ¿Fundada en qué causa? A fuer de puntillosos, podría objetarse la inconsecuencia de Camus, al soslayar el problema sin ofrecer una respuesta satisfactoria a la impasse. Como sea, la flamante conquista —la responsabilidad— conforma el binomio ontológico camusiano, base para una convivencia en un mundo libre, entre conciencias libres; tal se desprende de sus escritos últimos. El arte, dentro del neohumanismo planteado por Camus, asume un papel semejante al que le asignara Malraux en su "Museo Imaginario", cuyo objetivo ha de ser, necesaria y únicamente, el de la fraternidad universal. La función del arte sería "incrementar la suma de libertad y responsabilidad que hay en cada hombre y en el mundo". Libertad responsable significa acción, mientras que libre responsabilidad se traduce en respeto por la dignidad humana. De manera que frente a Kirilov (Dios no existe; todo está permitido; si Dios

no desciende, yo seré Dios), quien acude al suicidio lúcido y sereno para afirmar su libertad y su irrevocable derecho a sí mismo, el hombre camusiano elige la convivencia y la fe en la "misericordia y magnífica vida". Fe en la vida; la muerte no es más que un temor. Heroísmo vital y santidad laica. (En "La Peste", Tarrou será un santo, lleno de abnegación por el hombre; pero su "misticismo" se ha fraguado en una comunión de fraternidad humana, de la que carece Kirilov por el carácter herméticamente personal de su experiencia). La vida, pese a todos los esfuerzos, es todavía simplemente un no morir; sin embargo, la libertad enriquecida por la responsabilidad —aporte hecho por Camus para redimir el absurdo— crea una condición nueva: la rebeldía como sinónimo de lucha. La

rebeldía abúlica es patrimonio de la libertad gratuita del subsuelo; la rebeldía camusiana pertenece, en cambio, a la libertad responsable. Es así como el autor de "El Extranjero", partiendo de la moral subterránea, escapa en definitiva del subsuelo. Su rebeldía es la manifestación de una auténtica libertad vital, que fluye del incontenible anhelo humano de preservar la individualidad al abrigo de los sistemas o partidismos dogmáticos que se la disputan, enajenándola, deformándola y asfixiándola.

Para Camus, las eras de las ideologías ya pasaron. "Mañana el mundo puede ser pulverizado", ha dicho. El



EL ESCRITOR, lee de pie en un balcón de su oficina. Era asesor de una editorial parisiense.

absurdo está lejos de ser una cosa en sí (un nómeneo kantiano) y entraña, por lo contrario, una gravitación que excede a su órbita individual. En el escritor galo recientemente fallecido el absurdo comporta una función social, además de un principio para la acción. A Camus le seduce la arriesgada tarea de capturar la pureza ontológica del hombre dostoievskiano, separándola de las implicaciones ulteriores. Aquí se muestra con claridad la aparente discrepancia ya aludida. (El hombre del sótano siente un enorme desprecio por la acción y detesta con todas sus fuerzas de incontaminado al hombre práctico. Llegará a decir, y han de sobrarle razones, un apovo de su idea, que el hombre inteligente no puede llegar a ser nada serio; sólo el necio puede llegar a ser algo", sin imaginar, probablemente, que con ello iniciaba la révolte de los tiempos modernos). ¿De qué vale el pensamiento si no va seguido del acto? Así comienza Camus a dialogar con la razón subterránea. No basta que la validez del pensamiento sea una simple afirmación de la libertad individual. Flota un concepto nuevo, sin el cual todo lo anterior sería sólo una incitante especulación teórica, incompatible con la razón práctica. Este nuevo concepto, que Camus agrega para solucionar el dilema y abrir paso a la acción trascendente, es el de "responsabilidad". Toda la problemática de la obra camusiana, y acaso también la de su época, de la que es expresión fiel, estriba en las posibilidades de poner en movimiento el binomio libertad-responsabilidad, en un esfuerzo por encarnar vitalmente la pureza subterránea. (Ya en los albores del siglo XIX, otro outsider insigne —William Blake— escribía que "pen-

comenzar de nuevo... ¿Alegoría del eterno trajinar del hombre? ¿Es ésta la "acción" que se ofrece como réplica al quietismo del subsuelo? Si así fuera, no sería más que una energía estéril, actividad enteramente desprovista de sentido. Se requiere, todavía, un nuevo paso para adecuarla a fines útiles. Si el hombre práctico opone actividad a duda (el hacer al ser), el hombre de pensamiento puro, ante la duda, permanece impotente, se detiene, "engendra pestilencia". Por último, el hombre del sótano, a nombre de su conciencia ontológica, acepta y soporta todo, excepto que le desbaraten su soberanía respecto al hombre práctico, u "hombre común", paradójicamente protegido por Camus. ¿Cómo eliminar las dudas? ¿Dónde están las causas primarias en que he de fundarme? De la satisfactoria respuesta depende el paso que llevará fuera del túnel, a respirar a pleno pulmón: del sótano al sol camusiano. El héroe dostoievskiano se exprime el cerebro y sólo halla que cada causa primaria se le ofrece como derivada de otra aún más primaria, y así hasta el infinito. Es encomiable su honestidad: se niega su liberación porque ella escapa a su experiencia inteligible. De aquí que la lucidez, legítimo orgullo del subsuelo, equivalga en rigor a una enfermedad. Preferible es no hacer nada y entregarse a la "consciente" inercia. Toda la libertad del hombre subterráneo descansa, pues, en una reversible, en un balanceo gratuito y a contrapelo de la realidad. Camus —burla burlando— se rebela contra esa rebeldía desprovista de fin, reemplazándola por una libertad "necesaria", destinada a algo, para algo. Si el fin de todo acto es el objeto, la libertad exenta de para termina autodestruyéndose, enredada en su propio velamen. El "yo soy yo; los demás, son todos" del subsuelo, se cambia por un esperanzado "yo soy yo, los demás son otros", es decir, por una conducta ética que in-



■ **ENTRE ENSAYOS** en el teatro al aire libre Camus descansa un momento con sus hijos gemelos, de 11 años, Jean y Catherine. Fueron los grandes amores de su corta existencia.

peligro común trastrueca la jerarquía de valores y deja sin vigencia el ostentoso aparato de los dogmatismos que con sus fricciones llevaron a la crucial alternativa. La fraternidad hu-

mana, acaso la más quemante lección ofrecida por Camus, no debe advenir por conductos políticos —“ideológicos”—, usando el mismo remedio que prohió el vasallaje, sino por la vía del arte y del cultivo de los valores del espíritu. Entonces no tendrá el hombre necesidad de mitos, y habrá conquistado, a despecho de los totalitarismos marxistas o burgueses que lo succionan, su libertad plena. Y podrá decir: “¡No! ¡Basta! ¡Basta!...”